

LOS INDIOS TARASCOS DEL LAGO DE PATZCUARO

Por el Dr. NICOLAS LEON.

1. Entre las tribus indias semicivilizadas que en la época del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo figuraban en lugar distinguido, se contaba la agrupación que posteriormente se llamó y conoció con el nombre de TARASCA.

Las pocas noticias de su historia primitiva que hasta nosotros han llegado, así como algo de sus costumbres precolombinas, las he relatado en un estudio especial publicado en el *Boletín y Anales* de nuestro Museo Nacional. La narración de su conquista y evangelización constan también en ese estudio, quedando sin publicarse lo referente a su constitución somatológica y a la etnografía actual. Una parte de esto es lo que hoy voy a exponer en la presente lectura.

2. Atendiendo a la posición topográfica que tuvieron y aún guardan los tarascos en el territorio michoacano, los he distinguido en mis estudios con los nombres de *tarascos del lago de Pátzcuaro* y *tarascos de la sierra*. De los primeros, es de quienes aquí me ocupo.

3. Disfruta Michoacán, por su situación geográfica y la formación de su suelo, de una diversidad de climas y tierras, que convierte su extensa superficie en jardín amenísimo y variado. Fertilizan y enriquecen a algunas de sus comarcas, lagos, si no muy extensos, sí de limpias aguas, y de lo que merece especial renombre el que se encuentra a poca distancia de la ciudad de Pátzcuaro, de la cual toma su nombre. El lugar de su ubicación viene a ser el punto en que casi se unen las tierras frías, templadas y calientes, pues a unas cuantas jornadas del mismo, pisa el viajero las regiones que padecen tales temperaturas.

Las elevadas montañas de algunas cordilleras de Michoacán, vienen a desaparecer en sus márgenes, y allí también comienzan a esbozarse los anchurosos valles michoacanos.

La formación de este depósito acuático remonta su fecha a los tiempos prehistóricos, a través de los cuales las rocosas montañas que lo encuadran se cubrieron de abundante y fértil tierra, en la que germinaron plantas múltiples y variadas, tapizando esas alturas con hierbas multicolores y tupidos bosques de arrogante y majestuosa arboleda.

Un cielo de color azul pálido; un ambiente fresco y embalsamado y un sol siempre radiante, forman con las cristalinas aguas del lago, un oasis delicioso, en cuyo seno el alma se siente tranquila, vibra el sentimiento, y toda la humana natura en dulce arrobamiento, en bienestar sublime, siente aquella paz que soñara y cantara el inmortal Horacio cuando decía "*Beatus ille qui procul negotis!*..."

Según las tradiciones protohistóricas del pueblo tarasco, a poca distancia de este incomparable lago, arribaron los chichimecas *vacanaze*, sus progenitores, que en estado de tribu nómada, aunque ya algo alumbrada por incipiente civilización, buscaban lugar apropiado para fijar su residencia.

Hireticatame, su primer caudillo, en los varios cambios que las necesidades de su tribu le obligara a ejecutar, arribó casi a las márgenes del lago, y su descendiente *Sicuirancha* llegó a habitar su costa septentrional. Desde ese lugar ellos abarcaban con la vista solamente una parte mínima del lago, pues la elevada montaña de Tzintzuntzan, por el Sur, impedía la completa inspección de aquél.

Pasado algún tiempo, *Pauácume* y *Veápani*, hijos de *Sicuirancha*, después de efectuar consejo con los principales guerreros y sacerdotes de la tribu, resolvieron explorar algo más de la región que habitaban, aunque sin llegar a lugares que mucho distaban de *Vayameo*, su residencia.

Curátame, caudillo que reemplazó a éstos en la jefatura de la tribu, recorrió mayor extensión del territorio, y sus hijos, ya en el poder, extendieron sus investigaciones hasta cerca de *Tzintzuntzan*.

Por acontecimientos que sería largo narrar aquí, fijaron los *vacanaze* su habitación en la orilla NW. del lago, en el lugar llamado *Honchécuaro*. Desde allí salían a cazar los dos hermanos, *Pauácume* y *Veápani*, segundos de este nombre y jefes de ellos, y en una de sus correrías cinegéticas encumbraron la elevada montaña de *Atúpen*. Desde ella dominaban con la vista toda la parte Oeste y Sur del lago, con sus pintorescas islas.

Honda debe haber sido la impresión que en ellos hiciera aquella magnífica perspectiva, toda vez que el Códice Anónimo, "Relación de Michoacán," con palabras emocionantes relata este acontecimiento, y el pintor indio que gráficamente lo ilustrara, dibujó este pasaje con seductora sencillez.

En este cuadro a la derecha, se mira el grupo de chichimecas en la cúspide del *Atúpen*; inmediatamente después, una parte del lago, reconocible por la canoa que en él boga, los acuátiles que lo pueblan, y en el fondo la isla de *Xarácuaro*.

Fué entonces cuando les vino el deseo de relacionarse con los habitantes del lago y la ambición de posesionarse de aquellos hermosos pueblos.

Una serie de acontecimientos, dignos de la pluma de un poeta, se desarrollaron entre ambas tribus, debido a su contacto mutuo, y poco a poco los llamados tarascos fueron haciéndose los señores de las islas y de las poblaciones ribereñas.

Sirvió en alto grado para la consecución de ello la posterior fundación de *Pátzcuaro*, llevada a cabo en las alturas circunvecinas, al rumbo Sur del lago, y que iniciaron y ejecutaron los mencionados caudillos Pauácume y Veapani.

Durante muchos años fué *Pátzcuaro* la ciudad sagrada y la sede principal de los reyes tarascos, y no es sino en tiempos cercanos a la Conquista en que *Tzintzicpandácuare* pasó la capital de reino a la antiqüísima ciudad de *Tzintzuntzan*.

El número y ubicación de los pueblos tarascos del Lago de *Pátzcuaro*, poco tiempo después de ello, nos la enseña una pintura india de esa época.

Ocupa en ésta lugar prominente la ciudad de *Tzintzuntzan*, entonces capital del reino tarasco; en dirección de su viento Norte y al pie del cerro *Tariaqueri*, está el pueblo de Cucuchuco o Cucuchu; inmediato a él vemos a Hihuatzio, y después de recorrer una extensión no menor de cuatro a cinco kilómetros, por el rumbo Norte, en la margen opuesta se encuentra *Huecorio*. A continuación de éste, siguen, hacia el Poniente, *Tzentzécuaro*, *Chapitiro*, *Pareo*, *Tocuaro* y *Nucutzepo*. Sobre la margen oriental del lago, se hallan situados *Urichu*, *Eronguarícuaro*, *Puácuero*, *Openguio*, *Itzicuaro*, *Tzirondaro*, *Purenchécuaro* y *Santa Fe de la Laguna*; al Sur están los pueblos *Irapo*, *Cutzaro*, *Cucupa* y *Sirandangacheo*, que vienen a quedar a poca distancia del punto de partida o sea de *Tzintzuntzan*, la ciudad capital.

Alejada de la costa Norte, está la ciudad de *Pátzcuaro* y algunos otros pueblos que, con excepción del primero, propiamente no pueden figurar entre los llamados "del Lago;" tales son *Ichuen*, *Sacapo*, *Iripo*, *Vemiácuaro*, *Vhatzipan* y *Pichátaro*.

Como islas importantes y habitadas, la referida pintura muestra a *Hapúpato*, *Xarácuaro*, *Xanichu*, *Tecuinan*, *Yunuan* y *Pacandan*.

El tiempo ha ejercido su destructora labor sólo en cuatro de los pueblos litorales y en uno de los lacustres, o sea en *Itzicuaro*, *Irapo*, *Cutzaro* y *Hapúpato*, modificando también de notable manera la extensión y forma del lago, el cual actualmente afecta la forma y disposición de la cabeza de un enorme pez.

Todos estos pueblos, con excepción de *Pátzcuaro*, *Quiroga* (*Cocupao*) y *Eronguarícuaro* poseen en su totalidad población india y han conservado, aunque modificadas, casi todas sus costumbres precolombinas.

Aun en las prácticas de la religión católica mezclan sus antiguos ritos, velados con las ceremonias cristianas.

Para proceder con método y claridad, permitidme que os vaya hablando de cada uno de esos pueblos en particular.

Pátzcuaro. La ciudad santa de los tarascos, sede de sus dioses y capital de su monarquía, no ha perdido su preeminencia en el ánimo de los indios michoacanos: a ella acuden constantemente, y con especialidad en ocasión de la dominica in palmis o Domingo de Ramos, llevando al mercado que en este día se celebra los mejores frutos de la tierra y los más preciados artefactos de su industria.

En su espaciosa plaza principal que en tiempos precolombinos lo fué también de su templo mayor, se reúnen todos los indios del lago, los de la sierra, los de la tierra caliente y los de los once pueblos.

Una pálida idea de lo que es el mercado en ese día os la proporcionará la enumeración subsecuente.

En ese día tendréis allí a los de Tzintzuntzan, vendiendo sus estimados y bien conocidos artefactos cerámicos; a los de Cocupao al frente de sus bateas y baúles pintados y maqueados; a los de Teremendo y Asajo, ofreciendo el calzado que fabrican; a los de Paracho tañendo y afinando sus típicas guitarras; a los de Comachuun, cuya ocupación principal es la carpintería, con sus peculiares sillas; a los de Turícuaro ostentando extensas hileras de metates, para moler el maíz; a los de Uruapan exhibiendo orgullosos sus vistosas bateas; a los de Namatzen, afanados en vender sus solicitados rebozos; a los de Capácuaro, imponiendo sus no moderados precios en la venta de labradas y multicolores fajas; a los de Nurio, expendiendo sus afamados sombreros de lana negra llamados vulgarmente "panza de burro;" a los de Ziróndaro y Purenchécuaro, contratando sus solicitadas canoas, únicas usadas en el tráfico por el lago; a los de Pichátaro, engolfados en los tratos y ventas de sus reputadas palas, reos y tsipaquis; aquéllos para bogar en el lago y éstos para cazar las aves del mismo.

Y vienen, después, para no cansaros con larga y fastidiosa enumeración, todos los de las islas, con pescados, curundas de varias clases, tortillas, patos asados, vcuaris, chumbacuas, huevos, vegetales comestibles y otras mil y más cosas de que no sólo el indio sino también el criollo, gusta y apetece.

Cuán agradable me es, recordar con ello los años de mi infancia, cuando con ánimo tranquilo y "corazón limpio y blanco" me entregaba en este día, y en esta plaza, unido con mis contemporáneos y los hermanos de corazón que en mi "alma mater" eran mis compañeros, a los sencillos goces que todo ese heterogéneo conjunto me ofrecía. Ha poco, después de haber transcurrido más de treinta años, he vuelto a pisar aquel atrayente recinto, he vagado en el mismo, triste y desolado, como un espectro, como una sombra, sin conocer a nadie y sin que nadie me conozca; ¡la muerte o la distancia se han interpuesto entre nosotros!

¿Por qué esa singular idea de los tarascos en preferir tal lugar y tal día para llevar y cambiar los productos de sus tierras y los objetos de sus rudimentarias industrias? ¿Por qué especializarse, por decirlo así, en la manufactura de ellos y no hacerlo en otra época del año ni querer venderlos en sus pueblos, sino solamente en este día y en este lugar? Según algunos indios me han informado, hay entre ellos la creencia o preocupación que el dinero adquirido en esta festividad, empleado en cualquier negocio, les dará pingües utilidades, por recibir en esa fecha una especie de bendición.

Todos los indios tarascos que en tal ocasión ocurren a Pátzcuaro, no dejan de visitar estos tres lugares: el manantial de agua potable que surte a la ciudad, el de igual clase que se encuentra al pie de la cuesta de San Miguel y las iglesias de la Compañía y Santuario de la Virgen de la Salud.

Con el primero, se hallan los orígenes de la ciudad de Pátzcuaro, como podréis informaros en mi antes citado estudio (*), y también una tradición errónea, aunque unida con el inolvidable don Vasco de Quiroga.

Con el segundo, se encuentra ligada una vaga reminiscencia de las tradiciones precolombinas.

En el templo de la Compañía, yacen los despojos mortales del beneficentísimo Obispo de Michoacán, el padre amoroso de los tarascos, del preclaro y santo Vasco de Quiroga; y en el santuario de la Virgen de la Salud, está la venerada imagen de este nombre, la cual en tiempos cercanos a la conquista de Michoacán, mandó el señor Quiroga, que los sacerdotes indios tarascos, siguiendo el método empleado por ellos para hacer sus ídolos, con pasta formada de médula de caña de maíz, bajo su dirección la hiciesen.

Frontero a Pátzcuaro y por su viento Norte, existió un pueblo que después de la conquista se llamó San Bernardino y era el lugar que todos los habitantes del litoral y de las islas usaban para el desembarque; nada queda hoy de él, aunque subsiste la costumbre señalada.

Siguiendo la playa del lago y al rumbo Oeste de Pátzcuaro, se nos presenta el primero, el fértil pueblo de Huecorio, verdadero vergel de espesos bosques de frutales y tapizado por extensas huertas, donde alternan con vegetales útiles, plantas ornamentales cubiertas siempre de bellas y bien olientes flores. A la horticultura y jardinería dedican su labor diaria los indígenas de este pueblo. Tal ocupación es la fuente principal de riqueza que ellos explotan y la que al proporcionarles lo necesario para la vida, embellecen su pueblo.

Una tradición de ignorada época nos explica la significación y origen de su nombre; es la siguiente: cuentan los viejos indios de ese lugar,

(*) Los Tarascos.—Dr. Nicolás León.

que allá, en remotos tiempos, de la península de Ihuatzio y en ciertas y determinadas épocas, en las primeras horas de la mañana se levantaba hacia el firmamento una figura vaporosa y rutilante, que después de hacer un rápido viaje por las varias islas del lago, venía a caer y desvanecerse en este lugar, al comenzar a teñir el horizonte los primeros rayos de la aurora. De ello tomó el nombre de Huecorio, *lugar de caída*, derivado del verbo huecóreno, caer de lo alto.

Siguiendo el mismo viento cardinal y a poca distancia del anterior, se encuentra el pueblo de Tzentzenguaro, tan fértil y poético como el mencionado con anterioridad, y cuyos habitantes ejercen industria análoga.

Una tradición precolombina asegura que en ese pueblo existía una gran piedra dotada de particular sonoridad y que en determinadas épocas se tañía para llamar a todos los pueblos del lago en las grandes fiestas o en circunstancias aflictivas. De ello vino el nombre al pueblo, pues la palabra es una onomatopeya.

Chapitiro viene a continuación del anterior y, como él, se encuentra situado al pie de la falda del cerro del Calvario, de donde se deriva su nombre, que significa *estar echado*. Pueblo pequeño y de pocos elementos, nada presenta digno de mencionarse.

Siguen a éste el llamado *Paréo*, de tierra poco fértil y abundante en nopales (cactus) particularidad que designa el nombre. Sus habitantes se dedican casi del todo a la pesca.

La "Relación de Michoacán" relata que en los tiempos prehispánicos era población importante y con un mercado periódico de los más famosos de su época. En su recinto se desarrolló un drama, cuya pormenorizada noticia nos suministra este Códex y que brevemente os referiré.

Era *Tariacuri* jefe de los tarascos y vacanaze, y Carícaten rey o cacique de la isla de *Xaráquaro*, situada a poca distancia de Pareo. *Arámen*, primo de *Tariacuri*, solía frecuentar el mercado de Pareo donde también iban las mujeres del viejo *Caricaten*. Entre ellas, tanto por su hermosura como por su juventud, era la preferida una llamada *Yaramen*, a quien poco satisfacían las caricias de su decrepito señor. *Arámen*, según la Relación puntualiza "era muy hermoso" y siempre se presentaba en el mercado acicalado y ataviado de la mejor manera, según las elegantes costumbres de su tribu. *Yaramen* era poco recatada, y así fué que fácilmente trabó relaciones ilícitas con el príncipe tarasco. Durante algún tiempo fué Pareo el teatro de sus amores, a los que sin embozo alguno se entregaban ambos amantes, que pronto llegaron a ser el constante objeto de las conversaciones de los concurrentes al mercado. La preferencia de Caricaten por Yaramen y la autoridad que ésta mediante ella ejercía sobre las demás mujeres del serrallo de aquél, excitaron la envidia de éstas, quienes en los ilícitos amorosos de su compañera encontra-

ron favorable coyuntura para satisfacer sus celos y rencores. Cierta día en que el señor de Xarácuaro bebía con sus amigos, lo que ejecutaba siempre en donde se encontraban reunidas todas sus mujeres, por ser esa la costumbre, éstas comenzaron a murmurar y referir la aventura en que estaba comprometida su compañera. De todo ello se impuso bien el interesado e interrogó seriamente a las mujeres, y éstas le dijeron cómo era que a diario pasaba Arámen la laguna y lo que después acaecía. Grandes fueron el sentimiento e indignación de Carícaten, así que se convenció de la realidad de su deshonor, y entonces, llamando a algunos de sus viejos consejeros, les dijo: "Tomad este pescado y llevádselo a Arámen, así sabréis cómo está; cuando él os vea os saludará, entonces pondréis vosotros delante de él el pescado y le mataréis."

Partieron los viejos a desempeñar su comisión, encontrando a Arámen en su casa y en momentos en que se estaba bañando; al verlos éste, se cubrió con una manta y vino a saludarles. Recibió el presente de Carícaten e hizo que se les sirviese de comer a los enviados. Cuando ellos pidieron permiso de retirarse, éste se los concedió, diciéndoles que esperasen un momento, pues quería obsequiarlos con algunas piezas de ropa.

Se levantó a traerlas y entonces se apoderaron los viejos de su arco y saetas que junto a una puerta estaba, y por la espalda le clavaron una de ellas. Huyó Arámen tan luego como se sintió herido, y saltando una pared se internó en el monte y fué a morir al pie de una encina.

Dieron entonces los enviados sobre las hermanas de aquél y todas las llevaron ante su señor.

Quedó Carícaten disgustado, pues deseaba tener en su poder a Arámen vivo o muerto, y para saciar su ira la descargó sobre aquellas inocentes mujeres, ordenando que fuesen todas ellas sacrificadas en la yácata de Puruaten y arrojados sus cuerpos en el agua.

En Pareo termina la costa Este y se comienza a desarrollar la que hacia el Norte se dirige: en ella encontramos luego a *Nocutzepo* o *Nocutzendo*, que a nuestra lengua castellana significa *lugar del valle*, denominación que coincide con la topografía de tal pueblo, ejercen los habitantes de él tanto la agricultura como la pesca, a base, con respecto a la primera, de un sistema primitivo.

A Nocutzepo, de Sur a Norte, siguen *Arucutin*, *Tócuaro* y *Vrichu*, cuyos vecinos se ocupan en el laborío de las tierras, tanto en las haciendas comarcanas (*Aranjuez*, *Charahuen*, *Porumbo*, etc., como en las de la tierra caliente, hacia las cuales salen contratados en grandes caravanas.

Estos pueblos han sufrido notables transformaciones en sus costumbres, debido al contacto con otros de clima y regiones distintas a la suya. En *Vrichu* termina el litoral Oeste del lago y allí, trazando una ligera curva, se dirige hacia el Oriente, formando la parte más hermosa de él.

Desde luego tenemos a *Erongarícuaro*, magníficamente situado; desde él se puede admirar e inspeccionar el lago casi en su totalidad. Volviendo la vista al Este, se domina hasta *Purenchécuaro*; si se dirige al Noroeste, se abarca desde *Cucuchucho* hasta *Huecorio*, y con desviarla un poco al Oeste se tiene ante sí la costa desde *Huecorio* hasta *Vrichu*, o sea al punto de partida. Una de las faldas del enorme cerro de *Tariqueri* o *Tzintzuntzan* oculta a *Santa Fe*, *Cocupao*, *Sirandangacheo* y a la ciudad de *Tzintzuntzán*. Todas las islas se perciben clara y distintamente, viéndose ellas alineadas y proporcionadas; las tres *Vranden*, *Xarácuaro*, *Xanichu*, *Tecuinán*, *Yanuán* y *Pacándan*.

¿Sabéis lo que en lengua tarasca se quería expresar con la palabra *Erongarícuaro*?; nada menos que su magnífica posición topográfica, principalmente relacionada con la inspección del lago; *lugar de espera, de atalaya o de espectación*, es el significado que a ese nombre dan los cronistas primitivos de Michoacán; y añaden las subsecuentes noticias: "Un sacerdote suyo, que ellos mucho veneraban... les avisó que presto vendría quien les enseñase la verdad de lo que debían creer y adorar, y para más disponerlos a esto, comenzó a celebrar muchas fiestas de las que nuestra Madre Iglesia celebra... este sacerdote residía en un pueblo llamado *Erongarícuaro*, donde muchas veces les predicaba y avisaba estuviesen alerta y en vela, para cuando llegasen los mensajeros de la verdad, y pudo ser que el oficio diese nombre al lugar, que quiere decir, lugar donde están en vela o atalaya." (Ramírez, Hist. del Colegio de Pátzcuaro. México. 1903.)

Como al principio de esta lectura os dije, actualmente la población india de *Erongarícuaro*, casi no existe, pues sus moradores son todos de raza mestiza o criolla.

Al Oeste de *Erongarícuaro* y a muy corta distancia de él se encuentra la hacienda de *Napízaro*, situada en la falda Sur de los contrafuertes del majestuoso *Tzintziro*; os lo menciono, especialmente por haber visto allí, en mi juventud, un antiquísimo retrato del último rey de Michoacán, y otro de su nieta D^a Beatriz de Castillejo, cuyo paradero hoy se ignora. La tradición cuenta que aquel sitio era lugar de recreación y casa de placer del infortunado *Tzinsicha Tangaxuan II* o *Caltzontzin*.

Hacia el mismo rumbo y a continuación está ubicado *Puácuero*, cuyos habitantes viven principalmente de la pesca. En este lugar se conservaba el lienzo con jeroglíficos, que actualmente posee el Museo Nacional y que relata acontecimientos posteriores a la Conquista. Sigue *Oponguio*, hoy casi aniquilado, y cuyo nombre conmemora una tradición prehispánica. Cuando los vacanaze radicados en *Vayameo* salieron a explorar la ribera septentrional del lago, llegaron a ese lugar, en el sitio donde se fundó *Oponguio*; atraídos por la hermosura y limpidez de las aguas, tomaron todos un delicioso baño que el nombre conme-

mora, pues Oponguio en lenguaje tarasco equivale en el nuestro a *bañarse*. Creen algunos otros que allí acaeció la separación de los tarascos, de la tribu nahua, según lo refieren Tezozómoc y Durán.

Tziróndaro, en el mismo viento y línea, abriga, en su totalidad, población tarasca dedicada a la agricultura, pesquería, fabricación de canoas, y de esteras de enea o tule, siendo en realidad ésta su principal industria.

Toma este pueblo su nombre de una gran ciénaga que en su viento O. se encuentra, a cuyo lado también se halla un pequeño resto de aquella grandiosa calzada que, partiendo de Tzintzuntzan en línea recta, se dirigía a Tziróndaro, para terminar en Tzacapu, abarcando en total una extensión de algo más de 32 kilómetros. "Por ella, en ciertos tiempos, caminaba el rey de Michoacán hasta el templo de Tzacapu, a donde iba a ofrecer sus respetos a uno de los grandes sacerdotes de su religión y las ricas ofrendas al dios allí venerado;" calzada admirable, como dice Beaumont, que hoy se ve limpia y aseada como para las huellas reales."

Barrio del antes dicho era el pueblo de *Purénchecuaru* cuyo nombre se deriva del vistoso árbol llamado *Purénchequa* (*Erihrina coralloides*. Leguminosas) y cuyos vecinos, indios en su totalidad, aunque muy civilizados, se dedican especialmente al comercio, transportando a los mercados de Morelia, Toluca y México, grandes cantidades de pescado salado y seco, que se conoce con el nombre de *charari*.

En este pueblo, la costa del lago toma hacia el Sureste y nos muestra a *Santa Fe de la Laguna*, esto es, al pueblo-hospital que por 1534 fundara el Ilmo. Sr. Quiroga, a muy corta distancia de Vayameo, primitiva residencia del segundo jefe de los chichimeca vacanaze. La población india que lo habita es de todas las actualmente subsistentes en derredor del lago, aquella que más se ha asimilado a las costumbres de los blancos, aunque conservando muchos usos precolombinos.

Industriales y agricultores, estos indios exportan hasta la lejana región de Colima los productos de su labor. Ciertamente, no son los que más pura conservan su raza y la sangre; empero, la mezcla de los blancos ha mejorado mucho su descendencia. El promedio de estatura de un indio varón de ese pueblo, de 25 años de edad es de 1 metro 75 centímetros; así es el tipo común de los hombres.

La generalidad de las mujeres miden 1 metro 55 centímetros, y son bastante agraciadas. Una de las varias fiestas que en este pueblo ellos celebraban, es la interesante y típica danza llamada de "Los Moros y Cristianos," que les fué impuesta por los conquistadores. Es patrono de los que este cargo desempeñen, el Apóstol Santiago, según y como los españoles le veneran. Lo tienen en una estatua cabalgando en bravo corcel y empuñando tajante espada; tiene ante sí a un infeliz morisco del que ya ha dado cuenta el fogoso bruto. Al lado de Santiago

se agrupan los cristianos y al del morisco, los moros. Divididos en dos bandos bailan un son monótono y melancólico, que una música compuesta exclusivamente de instrumentos de cuerda, les toca durante el baile, simulando una batalla, que termina por la captura del jefe de la morisma, la dispersión de su tropa y el forzado bautismo de aquél. En lo más reñido del combate los espectadores se enardecen, y frecuentemente de entre ellos sale esta frase; *vará céz moruecha* (bailen bien, moros) o sea, peleen y defiéndanse de los cristianos.

Todos los pueblos del lago, así como los de la sierra, guardan con reverente ternura la memoria de su benefactor y padre, el Ilmo. Sr. Dn. Vasco de Quiroga, a quien siempre nombran con el tierno dictado de *tatá huchacueri* Dn. Vasco (nuestro padre Dn. Vasco). Los de Santa Fe, en este particular, son los que más se distinguen, pues a más de su efigie guardan como inestimable reliquia el monumental sillón en que él descansaba.

Distante uno y medio kilómetros de Santa Fe, está ubicado el pueblo de Cocupao, hoy Villa de Quiroga; contados son los indios tarascos que en ella restan, pues toda su población es de criollos y su aspecto general es el de un pueblo moderno.

Los pocos indios tarascos que abriga dicha Villa, ejercen su industria precolombina; la fabricación de artefactos de madera, maqueados.

De cómo en ello procedan os hablaré en otra conferencia, cuando trate de las industrias precolombinas aún existentes entre nuestros pueblos indígenas.

La costa del lago se desvía en este lugar hacia el NO., y en ella están situados *Sirandangacheo* (Rincón del Moral), en donde apenas quedan habitantes, y la renombrada ciudad de *Tzintzuntzan*, ubicada en una rinconada; su aspecto es poco atrayente, lo que unido a las numerosas casas arruinadas que la forman, le dan tétrico aspecto, y produce una impresión tristísima, cual si fuese la Itálica de los tarascos.

La mayor parte de los edificios están formados con los restos de las grandes pirámides o *yácatas*, que en un tiempo fueron suntuosos templos de la diosa Xaratanga. Su grandioso templo y monasterio franciscano tienden a desaparecer abrumados por las injurias de los siglos.

En el recinto amplísimo de su secular cementerio celebran año tras año y al natural, todas las sangrientas escenas de la pasión y muerte de Jesús de Nazaret. Estas ceremonias, sobre todo las del Viernes Santo, atraen a Tzintzuntzan una numerosa concurrencia, ante la que se desarrollan escenas más bien grotescas que edificantes.

En esa representación cómico-religiosa, hacen papel interesantísimo dos personajes; Barrabás y el traidor Judas.

Viven los escasos habitantes de Tzintzuntzan, de la fabricación de utensilios domésticos de barro, los que con gran aceptación se venden hasta en lejanas tierras.

Sin duda alguna, la mayor parte de vosotros habréis oído hablar con elogio de una gran pintura al óleo, atribuida al Tiziano, que en la iglesia parroquial de ese pueblo se conserva; aunque no creo tenga particularidad tan ilustre; es de mérito.

A poca distancia de Tzintzuntzan y con rumbo al NO., se encuentra el pueblo de *Cucucho* o *Cucuchucho* habitado por escaso número de indios pescadores y que en un tiempo tuvieron el predominio de esta explotación en todo el lago.

De su antigua preponderancia conservan un recuerdo en la singular ceremonia que practican anualmente, el día 24 de junio, y a la que llaman en su lengua, *San Pedro Xarian* o Tzanguarán Itzi (la natación o ahogamiento de San Pedro).

Oíd como se desarrolla:

En los primeros albores de la mañana del mencionado día, presentes todos los del pueblo y un buen número de representantes de los circundantes, toman la estatua del santo y la colocan dentro de una canoa en que ya está instalado el cura. El resto de los concurrentes se acomodan en otras, formando una numerosa y vistosa comitiva. Se separan a regular distancia de la orilla del pueblo que lamen las aguas del lago, y apenas el sol tiñe las aguas de él, bendice el cura el lago, e incontinenti los cargueros del santo arrojan su efigie al agua: en amplio círculo se colocan los presentes y comienza la estatua a bogar en las aguas. En tanto que leve oleaje la conduce a la orilla de Cucucho, todos los espectadores permanecen inactivos y en silencio; mas si el santo se desvía notablemente a la derecha o a la izquierda, comienza un verdadero combate en el que se esfuerzan unos a que siga su camino y otros a que retroceda. El asunto no es para menos, pues si se inclina mucho la escultura a cualquiera de ambos lados, los de Cucucho tienen derecho a mayor extensión del lago para pescar, con detrimento de sus vecinos. Todos, según sus conveniencias, agitan el agua con las palas, y aun de vez en cuando con ellas desvían al santo de su camino. Intervienen entonces el cura y las autoridades del pueblo, y los límites se asignan según el lugar donde entonces se encuentre la efigie del santo apóstol. Esto lo vi practicar, tal cual lo refiero, cuando yo era niño; me informan que hoy ya no se arroja a las aguas el simulacro sino su Cruz papal.

Un buen almuerzo de churipu, corundas y virícatas es el complemento de la ceremonia; refrigerio que hace muy apetitoso y agradable el aire puro y embalsamado de la mañana y el ejercicio deportivo del remo. Poca distancia separa a Cucucho del pueblo de Ihuatzio, formado por sólo indios tarascos que se ocupan de la agricultura y de la pesca.

En los anales prehispánicos tarascos tiene este pueblo legendaria historia, unida a sus grandiosos monumentos arqueológicos. Según se

cuenta, allí era la ciudadela o plaza de armas de la nación tarasca, como punto estratégico que unía fácilmente a Tzintzuntzan con Pátzcuaro.

Caminando de la plaza del pueblo actual hacia el Norte, por ancha y destruída calzada, que casi por la extensión de un kilómetro se desarrolla, se llega a un sitio donde están las ruinas. Imaginaos un vasto paralelogramo, encuadrado por murallas formadas con piedra laja, fragmentada convenientemente, de 375 varas de largo por 150 de ancho, 6 varas de altura y 6 varas de grueso, por ambos lados con escalinatas de alto peralte y escasa huella. El recinto de esta área se encuentra perfectamente terraplenado, y en su cabecera oriental se levantan dos *yácatas* de forma piramidal perfectamente iguales, que miden desde su base unas 30 varas. Perfectamente orientadas estas *yácatas*, manifiestan restos de escalinatas, por donde se ascendía a ellas. Desde su cúspide se abarca una buena parte del territorio adyacente; hacia el Oriente, se alcanza a distinguir hasta *Cuenenbo*, o sea el antiguo *Itziparamucu*, que figura en el plano indio de Beaumont; por el Oeste se domina una buena porción del lago.

Los primeros y postreros rayos del sol vienen a diario a iluminar a estos monumentos en sus caras anterior y posterior, y como ellos le llegan por una estrecha garganta formada entre dos colinas que al frente de ellas existen, pudiera creerse que servían a la vez de fortificaciones y base de sus suantuarios de gnomon, para medir la declinación solar del astro rey.

Fuera del mencionado recinto, y como a 200 varas de él, por el viento SE., hay otra serie de *yácatas* o pirámides en línea recta y casi unidas, unas tras otras. Queda otra, única y aislada, a 300 varas de la última del grupo, que difiere algo en su forma de las antedichas.

Los indios llaman tradicionalmente a las del perímetro cercado, *tatá Huarita* y *naná Cutzis*, el padre Sol y la madre Luna, esto es, que en una recibía culto el Sol, y en la otra la Luna. La de forma especial y enteramente aislada de las otras, le llaman *Vacux yácata*, la pirámide del Aguila; en ella quizá los *vacuxecha* o "caballeros águila," rendirían especial culto al dios *Curicaueri*, o sea el Huitzilopochtli tarasco.

De estos monumentos arranca, rumbo al Norte, y por la montaña, una ancha calzada, hoy casi del todo destruída, que va a terminar en la ciudad de Tzintzuntzan y que se llama *Queréndaro*.

En dirección contraria, esto es, hacia el Sur, y partiendo también de la misma fortificación, hay un camino limitado por altas murallas de piedra de 6 varas de espesor, y por el que se llega a una rada ancha y despejada de la margen del lago, sitio al que se le llama *Eromperacuaro*, lugar de inspección o vigilancia. En la iglesia de Higuatzio se conservan, con el uso de pila para agua bendita, un gran receptáculo de piedra, en forma de doble cono o copa, sacado de esas ruinas, donde

también se encontraron las tres grandes figuras de lava volcánica (*zananamu*), dos especies de *Chacmol* maya y el dios *Hihuatzí* (Coyote), deidad principal de ese lugar.

Refieren los naturales de ese pueblo, que solía aparecer sobre una de las colinas adyacentes a las fortificaciones y en determinadas épocas del año, un *Coyote*, que no huía de la vista de la gente ni dejaba su sitio por más que se le espantara, si no era hasta pasado cierto tiempo. Tal cuadrúpedo recibe en tarasco el nombre de Higuatzí, y de él se deriva el nombre del pueblo (Higuatzio) o sea "lugar del Coyote."

Las mujeres de este pueblo son intrépidas y trabajadoras; a diario pasan en débiles canoas el lago, para ir a la plaza de Pátzcuaro a expender los productos de la pesca, las tortillas que ellas hacen y los frutos de sus huertas.

En el mercado de Pátzcuaro siempre las reconoceréis, pues casi nunca abandonan su *xuatacua* o pala para remar.

Siguiendo el litoral, se llega junto a *Suramútaro*, pueblo insignificante; de allí al desembarcadero (San Bernardino) y finalmente a Pátzcuaro, punto de partida de la vía terrestre.

Tiene en su centro, el lago de Pátzcuaro varias islas, más o menos habitadas, y algunas crestas o peñones deshabitados, de muy escasa superficie; son estos el llamado *San Pedrito*, situado frente a la hacienda de *Ibarra*, y otro sin nombre, a poca distancia de aquél. Rumbo al Oeste, de los habitados, están éstos: los tres *Vranden* y *Xarácuaro*; casi en el centro del lago *Xanichu* y hacia el Norte, *Tecuinan*, *Yunuan* y *Pacándan*. El primero, *Vranden*, lo habitan las familias de indios pescadores. Una parte del suelo de ésta y el segundo y tercero *Vranden*, en la cual también se mira, en el fondo y hacia la izquierda, la extensa isla de *Xarácuaro*.

El nombre de estos tres islotes lo toman de la figura que afecta, o sea el de una jícara invertida (*Vrani*). *Xarácuaro*, es la más importante isla del lago, tanto por su extensión, como por el número de sus habitantes, que llegan casi a 600.

La "Relación de Michoacán" pondera su belleza, la cultura de sus habitantes y el número de sus templos o yácatas que el dibujante indio, ilustrando el códice mencionado dibujó.

Deriva su nombre este pueblo de la palabra *xaracua*, que significa *nido*.

En la pesca y agricultura ocupan su tiempo los indios de este lugar, y aunque se han asimilado mucho a la moderna civilización, conservan tenazmente costumbres y prácticas de su gentilidad. Una de ellas es la de las hechicerías (*siquapequa*). Sus *siquamecha* o hechiceros son famosos y altamente temidos.

En lugar oculto y cercano a la iglesia del pueblo dicen que existe un pequeño manantial que brota en medio de rocas, las que le forman estrecha y obscura gruta subterránea; en ese lugar tienen sus reuniones los hechiceros y allí inician en sus prácticas a los neófitos, descubriéndoles a la vez los secretos de sus artes mágicas.

Estas consisten en ciertas ceremonias aparatosas y la administración de unturas y bebidas, formadas principalmente con sustancias vegetales activas y productos animales y minerales inertes. Figura como manipulación importantísima de ese arte, la fabricación de *Huápetas* o muñecos de trapo, barro o madera, que representan a aquél que se quiere maleficar. Esto se consigue clavando en determinadas partes del cuerpo de la figura, alfileres, agujas, espinas de nopal y púas de maguey. Tales muñecos se entregan al interesado en el maleficio, quien los conserva cuidadosamente, seguro de que así tiene bajo su dominio a aquél cuyo daño desea. Intervienen también los *siquamecha*, en el hallazgo de cosas perdidas, arreglo de amores, uniones o desuniones de matrimonios y curación de enfermedades.

Los vegetales llamados *vnbácucua*, *tsinchaqua* o *audúmucua*, *kua-keskua* (Dat. stramonium) y *marihuana* son los principales brevajes que en cocimiento administran estos hábiles curanderos, y con los que sanan o envenenan a los clientes, haciéndose pagar a buen precio tales servicios.

Más de una vez, y en estos tiempos ha tenido que intervenir la justicia en estos *siquames*.

Xanichu, la perla preciosa del lago, yergue su esbelta figura en medio de las lípidas hondas, ostentando a distancia sus pintorescas construcciones. Sus habitantes se entregan exclusivamente a la pesca, en la que son habilísimos. Aman al lago como a una madre y viven en constante alarma con las noticias que a ellos llegan de su proyectada desecación. En cada turista ven un agente de su ruina, y creen que los aparatos fotográficos son causa de ello. Durante mi corta permanencia en ese lugar, más de una excitativa recibieron los varones para que con mi cámara y todo se me hundiese en el lago; afortunadamente algo hablo la lengua tarasca y pude desvanecer su justo temor, demostrándoles como es que era yo, su hermano, un *purepe* y no un *turis* su enemigo.

¡Triste y lamentable cosa sería, señores, que esa incomparable belleza natural de nuestra hermosa patria sucumbiese ante la fiebre de especulación que hoy todo lo domina!

El indio de *Xanichu* pasa casi todo el día, y la mayor parte de la noche, trabajando en las aguas del lago; no son sino tres o cuatro horas las que dedican al reparador descanso del sueño, pues bien temprano se levantan a tejer sus redes, a arreglarlas y lanzarlas al líquido elemento.

Tecuinan, Yunuan y Pacándan, son las otras islas. Practican sus pocos habitantes costumbres análogas a las de los Xanichu. Solamente en Pacándan se ejecutan algunos trabajos agrícolas y abriga su suelo unas cuantas vacas y bueyes. Curiosa es la manera como introducen y sacan de allí esas bestias: comienzan por habituarlas a pastar dentro del agua, después les perforan los morros y les colocan una argolla de cobre; así dispuestas las atan a la extremidad posterior de una canoa y, remolcándolas lentamente, las van llevando tan sólo con el cuidado de que ellas no bajen la cabeza y la introduzcan al lago, pues en este caso se ahogarían irremisiblemente.

Generalmente van de San Bernardino a San Pedrito, de éste a las islas de Vraden, de aquí a Xanichu, Tecuinan, y de allí a Yunuan y Pacándan, y viceversa.

Como indispensable complemento a lo que habéis escuchado, permitidme que os diga algo en general de estos indios, respecto a su aspecto físico, civilización e industria.

Los tarascos del lago, en su mayor parte bastante mezclados con la raza criolla, son de estatura algo más que mediana, midiendo ellos, por término medio, en los hombres, 1 metro 60 centímetros, y en las mujeres 1 metro 48 centímetros; es raro encontrar individuos tanto de uno como de otro sexo que alcancen 1 metro 71 centímetros y 1 metro 60 centímetros, respectivamente. Su aspecto es modesto y bien agestados; su piel morena oscura, muy aproximada al número 43 de Broca; la cara ancha y la nariz lo mismo, con las ternillas redondas, abiertas hacia los lados, y separadas del plano facial por un marcado pliegue de la piel; los ojos, por lo común, son mongoloides y bien separados, los labios gruesos y volteados. El cabello es de color negro y lacio, la barba escasa y bien distribuída, tanto en los carrillos como en el medio y comisuras labiales, aunque de corto tamaño los pelos que la forman. Son bien musculados y es raro encontrar obesos. Su índice cefálico oscila entre 88.3 y 71.3, o sea, entre la mesaticefalia y la subbraquicefalia. Su temperamento es sanguíneo, y por lo mismo fácilmente irascibles; su resistencia nerviosa es grande, ya que soportan trabajos rudos sin tener una alimentación abundante, variada y muy nutritiva. Sus comidas son, por lo general, dos al día, compuestas de tortillas, chile, frijoles y pescado; la carne sólo en determinadas épocas la toman, y prefieren la de tocino a la de res.

Las mujeres son graciosas, vivas y expeditas, aunque por lo común sus gracias son verdadera flor de un día, pues degeneran después en horrosas viejas. No se encuentran entre ellos individuos deformes, y alcanzan longevidad notable, sin sufrir casi enfermedad seria alguna. El tifus exantemático, la pulmonía, las viruelas y las fiebres palúdicas hacen grandes estragos en ellos; las enfermedades venéreas provenientes en su mayor parte del contacto con los blancos y de la



falta de higiene, bastante les mortifica, aunque es raro encontrar entre ellos verdaderos sifilíticos. Precoz es la vida sexual entre ellos y la fecundidad bien notable, aunque poco aprovecha de ella el crecimiento de la población, pues por falta de cuidados maternos y de higiene, mueren un gran número de niños.

Los indios de que me ocupo han aceptado en su indumentaria y habitaciones, muchos de los adelantos modernos, al grado de que los varones no usan hoy día, prenda alguna de su antigua indumentaria; las mujeres, conservándola, en parte, la han modificado, pues a su antigua *siritacua* o enagua, le han puesto cortes y plegado la falda. La camisa con embutidos ha sustituido al arcaico *huanengo* o *Cuéndicua*, y a la vieja *Hopchacua*, el moderno rebozo. Esta prenda es la que más ha resistido la modernización, aunque se la adornan con vistosas sedas de colores. De lo que no prescinde la india tarasca es de sus numerosas *hopacuricua* o fajas, pues dice que las necesita para ceñir su cintura y para soportar los no livianos pesos que siempre echa a sus espaldas.

Los tarascos del lago tienen disposición e inclinación a las bellas artes, principalmente a la música, a la pintura y a la escultura.

Las mujeres son buenas hilanderas y tejedoras, muy afectas al canto, que casi siempre ejecutan en su idioma; en la agricultura ya visteis como siguen un sistema primitivo, pues roturan la tierra con la *tarecua* o el vulgarísimo arado de madera. Aunque poseen bestias de silla, casi nunca las utilizan, pues andan siempre a pie.

Tienen idea bastante exacta de sus derechos y deberes políticos, y siempre están al tanto de la marcha del gobierno nacional. Aunque del todo no se ha extinguido en sus pueblos la influencia y gobierno de los ancianos, según la vieja costumbre precolombina, saben bien burlar las disposiciones de éstos, acogiéndose a las garantías de nuestras leyes actuales.

Gustan mucho de las prácticas de la religión católica, a la que todos pertenecen, y aunque devotos y creyentes, saben en un momento dado, reducir al cura al justo círculo de sus atribuciones y exponer sus quejas razonadas ante el superior respectivo. Un buen número de ellos saben hoy día leer y escribir, y casi todos hablan su propia lengua y la castellana. Las mujeres mismas, refractarias a toda reforma, han entrado a la vía del progreso, pues casi en la mayor parte de los pueblos mencionados hay escuelas primarias de ambos sexos. La psicología religiosa de los tarascos es asunto que daría materia para una lectura especial, o más bien, para una monografía; por eso es que intencionalmente lo omito. Comparten con el hombre las rudas faenas del campo, sobre todo, en el tiempo de la cosecha y trilla de los cereales. Sería interminable si os refiriese todo lo que en este particular ejecutan. Tan sólo os daré una idea de cómo arreglan los instrumentos de su principal indus-

tria, la pesca, cómo la ejecutan y cómo disponen sus productos para venta y exportación.

Las canoas para la pesca en el lago, son de una pieza, y no menores de doce varas de largo por dos y media, o tres de anchura; para fabricarlas escogen el tronco de un gigantesco pino, el que desbastan y dan primero la forma exterior, después cavan en él, con azuela y angaru, cosa conveniente, dándole el debido grosor y la forma apropiada para que flote en el agua. Terminado ese trabajo, proceden a curar la canoa; eso consiste en dejarla cierto tiempo en las orillas del lago. Toda canoa debe tener su parte más elevada dispuesta para recibir el remo, que es una gran pala que la impulsa y se maneja como una palanca; el timón la sustituyen con otras palas pequeñas con un disco en su punta, las que manejan varios sujetos. Así equiparada, la canoa está lista para el transporte y la pesca.

Para el ejercicio de ésta se usa el *chinchorro*, la *cherimecua* y la *varuqua*; la primera es la gran red circular, la segunda es la red mediana y recta, la tercera es la pequeña red en forma de cuchara. Esta la maneja un solo hombre, las otras, dos o tres hombres, y la primera cuando menos cinco.

Antiguamente se hacían las redes con pita oaxaqueña; hoy se tejen con hilaza de algodón, y dicen los indios que son de menor costo y más duraderas.

Elegido el lugar para lanzar el chinchorro y dispuesto éste convenientemente en el fondo de la canoa, lo van arrojando dos hombres, cada uno por su lado, hasta que forme un círculo; ejecutado esto clavan en el fondo del lago un largo palo que llaman *thanamátacua* y en él amarran fuertemente la canoa. La red está provista de unos plomos que la sumergen hasta cierto punto y también de unos flotadores de madera que se llaman conchas; en su extremidad hay una bolsa llamada *tsiyúscuta*, donde se aprisiona a los peces y que flota por medio de un calabazo llamado *ytzutzi*. Cuando ha pasado un tiempo prudente, comienzan a recoger la red; los de las extremidades elevan la red; el segundo de la izquierda la arregla en el fondo de la canoa; el que está sentado en medio cuida de los plomos, y el restante vigila la canoa.

Como se pesca tanto y sin método ni orden, poco se obtiene en cada lance. ¿Qué es lo que éstos indios han sacado con su red? ¿cuáles son los habitantes eminentemente acuáticos del lago? Sacan: *Curucha vrápití* o pescado blanco, *Acumara*, o sardina que, asada, se expende con el nombre de *viricata* y es sabrosísima, *Cuerepu* que, seco, le llaman *charari*, *Chegua* o sardina fina, *Thiru* y *Choromu*. Caen también en la red el reptil llamado *Achoque* y el quelonio denominado *Cutu*. A más de eso, abundan culebras inofensivas, que son comestibles.

Al pescado que se ha de exportar, le sacan los intestinos y lo salan; mas el que se ha de convertir en *charari* solamente se le pone sal

y se le seca, a la sombra en los primeros días, después al sol. Con él se forman grandes bultos que van a abastecer los mercados de nuestros Estados del Norte, produciendo pingües ganancias a los que en ello comercian.

Como el lago abunda también en aves acuáticas, los indios las hacen objeto de su comercio, de su alimentación, en ciertas y determinadas épocas, usando para su caza un método enteramente precolombino. Las corridas de patos, o sea el *Cuiris atá*, como ellos le llaman, se practica con el instrumento llamado *tsipaqui*. Consta de dos partes: el *tsipaqui*, propiamente dicho o amiento; la *cuiris tatáraqua* o largo tallo con fisga. El propulsor o amiento mide, por lo común, unos setenta centímetros y presenta en su cara superior una acanalada vara que va hacia la punta en donde hay un tope saliente; en la extremidad opuesta tiene un mango y dos agujeros. Todo él es de madera maciza.

La saeta-arpón, mide tres metros y tiene en una de sus puntas el arpón, compuesto por tres anzuelos de hierro, incrustados en una pieza de madera, y fuertemente atados. Para usar este instrumento se introducen en los agujeros del propulsor los dedos índice y medio, y con los restantes se empuña el tallo que abajo de esas perforaciones queda. Deslizándose por la canal de él, se pone la saeta-arpón, que recarga su extremidad inferior en el talón mencionado, y con la mano derecha se sostiene el tallo largo, para dar la dirección conveniente.

Estas cacerías comienzan el día 3 de octubre y se repiten a fines del mismo mes, para hacer las *curunda varichu* o tamales de muertos; hay otras el día 8 de diciembre, en Navidad, a mediados de febrero, y la última en el Sábado de Gloria. El lugar de cita son las inmediaciones de Erongarícuaro, y desde allí van dando vuelta por Tócuaro, Arucutín, Paréo y Nocutzepo, hasta llegar frente a las hacienda de Ibarra; otras veces toman rumbo opuesto, partiendo de junto a Erongarícuaro, para ir a terminarla a Oponguio. Con la debida anticipación salen de los pueblos litorales y de las islas varias canoas tripuladas, cuando menos por dos indios, provistos ambos de su *tsipaqui* y de buen número de varas arrojadizas. Cuando hay un número competente de canoas, parten en fila ordenada, y poco a poco, van formando un semicírculo en cuya concavidad procuran ir aprisionando a las aves. Así que han reunido una buena cantidad de ellas, se procede a su captura. Para ello, cada cazador se pone en pie, empuña con la mano derecha su *tsipaqui* y arpón, echa ligeramente el cuerpo hacia atrás, levanta un poco el brazo y dispara la afilada saeta sobre la compacta multitud de aves acuáticas, seguro de atravesar, casi siempre, a una o dos de ellas. Azoradas las aves, tanto por el ataque como por los gritos y silbidos de los cazadores, intentan volar, ya que nadando no pueden salirse del estrecho círculo que las encierra, mas pronto se cansan y vuelven a caer en medio de él.

Nadan entonces vigorosamente rumbo a la playa, ya que el líquido elemento no les favorece, pero al llegar a ella, las mujeres y los muchachos dan buena cuenta de ellas.

Si en el lago el tiro fué certero, queda la saeta clavada y oscilante; si no fué así, flota mansamente en la superficie con el vaivén del agua.

Mientras dura la caza, conservan las canoas su formación semilunar, a fin de que nadie corra el riesgo de ser herido por las jabalinas disparadas, además, de que con sólo esa disposición retienen encerradas a las aves.

Para evitar disputas y disgustos, por la caza y los arpones, cada uno de ellos tiene la marca especial de sus dueños.

Al arrancar las fisgas, se da muerte al ave y se arroja a ésta al fondo de la canoa.

Duran en esta faena todo el día, pues comienza al rayar el alba y termina al ponerse el sol.

Regresan los cazadores a su pueblo, y comienzan la operación de desplumar a las aves, para ponerlas a cocer, y al día siguiente saborean el *cuiris athaspacua* y los *cuiris curunda*.

A esta comida le llaman celebrar la vigilia de la fiesta religiosa. Da compasión ver desperdiciados el plumaje de esas aves, que bien podría utilizarse, cuando menos, en blandos y mullidos almohadones.

Si yo os siguiera refiriendo las costumbres sociales y domésticas de estos indios, esta lectura sería interminable; permitidme que os dé noticia, solamente, de una costumbre semipagana, semicristiana, que observé en Xarácuaro, y que según me refieren, practican los indios del lago, casi en su totalidad. Todos ellos abandonan el duro lecho en las primeras horas de la mañana, mas no salen a sus trabajos, sino hasta que los primeros rayos del sol alumbran la tierra. Apenas aparece éste en el horizonte, se enfrentan con él, se quitan el sombrero, se persignan, y lo saludan en voz alta, diciendo: *Tatáqui: ya cez erandi istia; chis céziqui hymbó; erandi céz, inscuácari pauani familia, thirani Tatá, thuquire haca Auándaro...* al pronunciar esta última palabra alzan los ojos al firmamento, luego ven la tierra y dicen: *ca echeridu, ca ya furis;* al proferir esta última frase lo señalan con la mano derecha y trazan con la misma un círculo. Vuelven a cubrirse con el sombrero y comienzan su labor.

En esta invocación diaria llaman padre al Sol, le piden alimento y protección para su familia y terminan recitando una parte del *Pater Noster* cristiano.

Réstame tan sólo, para terminar esta lectura, presentaros un bosquejo, en conjunto, del lago de Pátzcuaro, ya que os he hecho peregrinar por todos sus pueblos.

Según autorizadas opiniones, abarca en su total circunferencia más de doce leguas, por una cinco de longitud máxima, desarrollada de Noroeste a Sudoeste, su profundidad es variable, poca en las costas, por lo general, y máxima de ciento cincuenta metros en el centro de ella y en la costa Ucaz-anátacu.

A toda hora del día, y bajo cualquiera situación atmosférica, el aspecto de este lago es arrebatador; cuando los albores del alba iluminan ligeramente sus tranquilas aguas y las auras embalsamadas de la mañana esparcen sus vivificantes efluvios; cuando la radiante luz del sol alumbra su agitado líquido; cuando las opacas luces de la tarde enrojecen sus agitadas hondas y las isletas y las altas montañas que lo circundan, obscurecen con sus siluetas las encrespadas olas, y también cuando la pálida luna y las brillantes estrellas rielan sus aguas, arrobada la mente, sobrecogido el ánimo y enervada la materia, parece que todo el sér se entrega al vaivén incesante de aquel líquido cristalino, nunca enturbiado, que con sus lentos o bruscos movimientos engendra en el alma goces y sensaciones indefinibles, que si bien es dable a todos sentir, es casi imposible narrar con toda exactitud.

A su vista, el feliz multiplica sus goces, y el desgraciado, adormece sus penas; es la madre naturaleza que infiltrándose en todo nuestro organismo nos invita a volver a ella, al descanso eterno de la quietud y del olvido, y al eterno seno del autor de la vida y de la muerte.

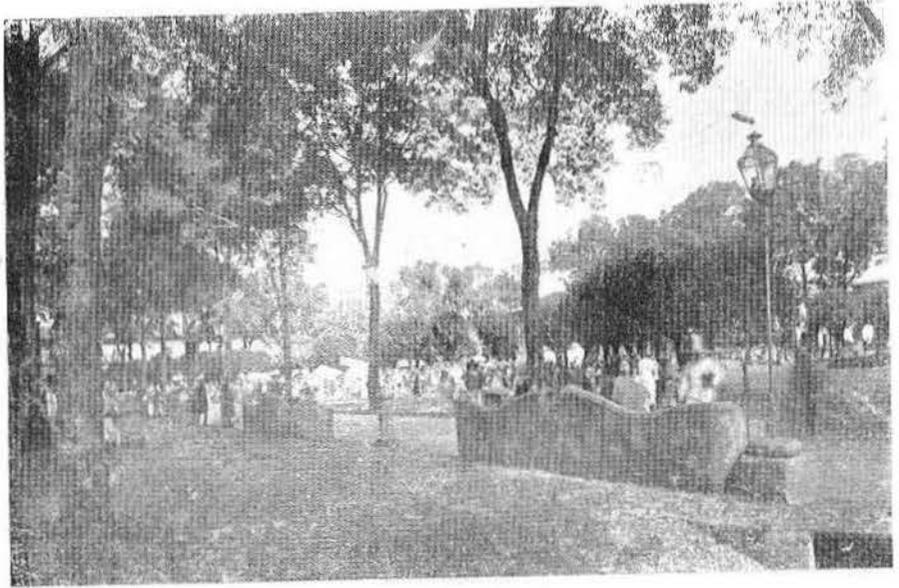


Panorama de Pátzcuaro.



Pátzcuaro.—Una de las principales casas coloniales.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Plaza principal de Pátzeuro.



Pátzcuaro.—“El Humilladero” con “El Manantial” al fondo.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
E HISTORIA



Pátzcuaro.—Cuesta de San Miguel.



Una calle de Pátzeuaro.—Al fondo la iglesia de la Compañía.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Calle de Pátzeuaro, con su caño típico.



Pátzcuaro.—Tipo de casa de gente rica.

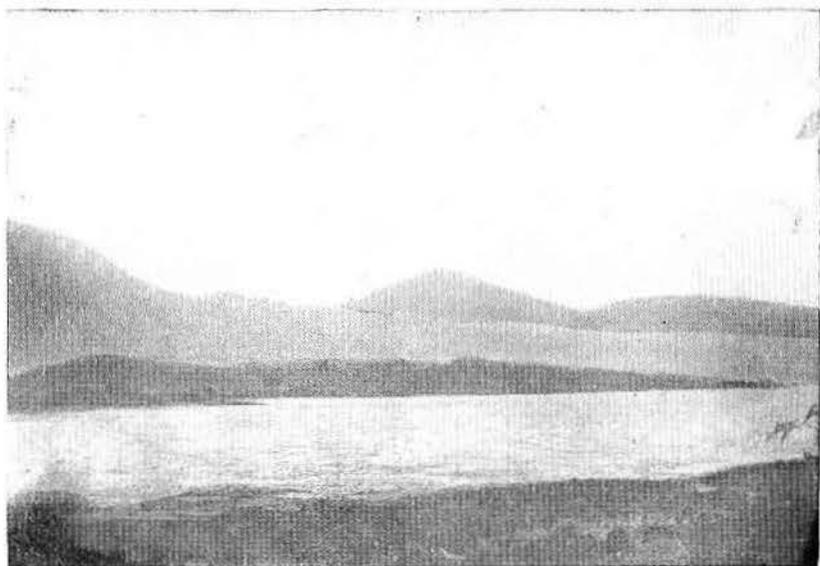


Pátzcuaro.—Desembarcadero de San Bernardino.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Pueblo de Huecorio.



El lago y las montañas.

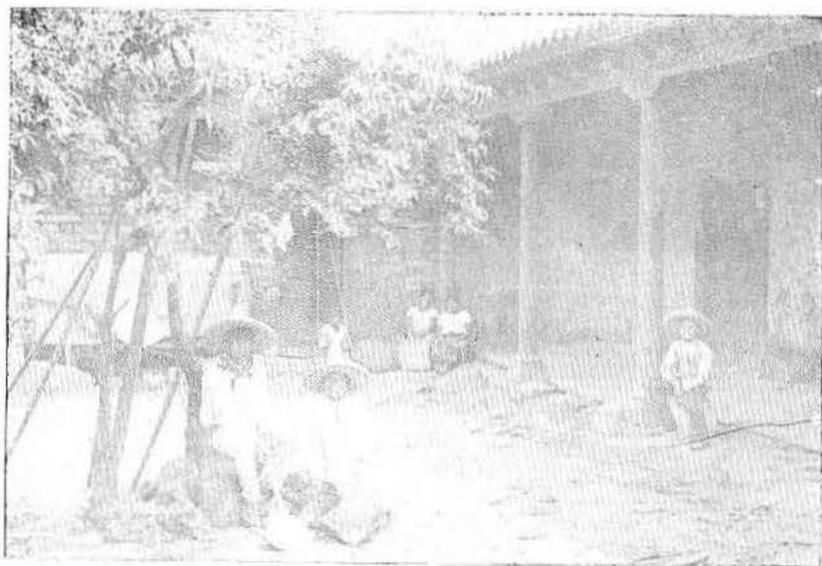


Canoas típicas del lago de Pátzcuaro.

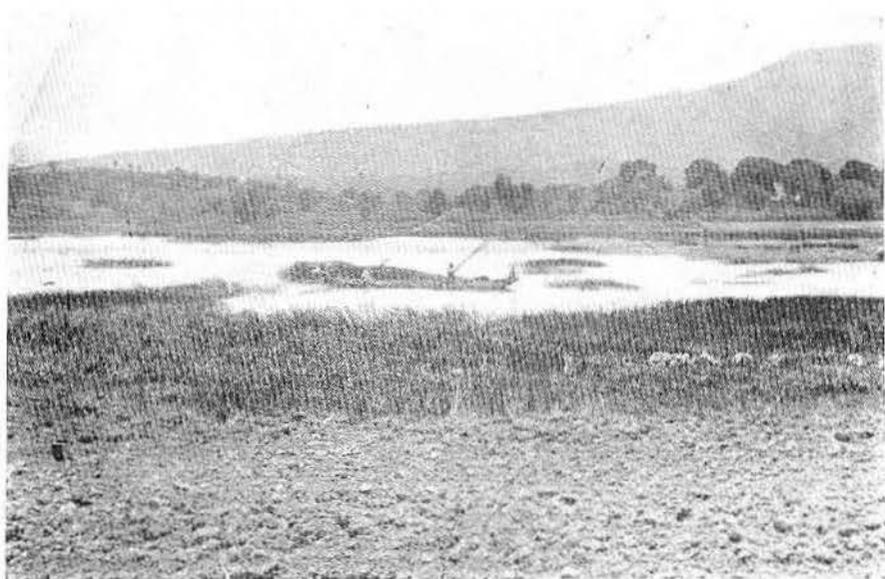


Chozas tarasca de Pereo.

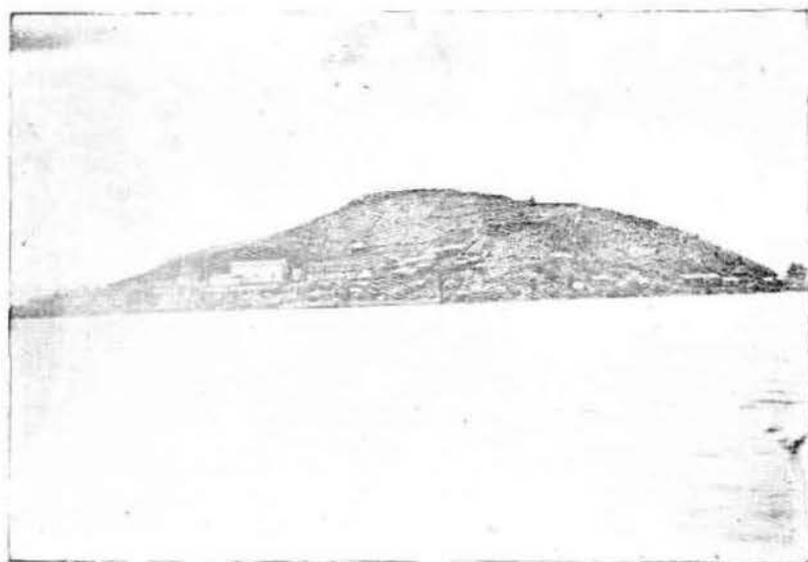
BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Casa de pescadores del lago de Pátzcuaro.



Chapitiro.—Al fondo el cerro del Calvario.



Isla de Xanichu.

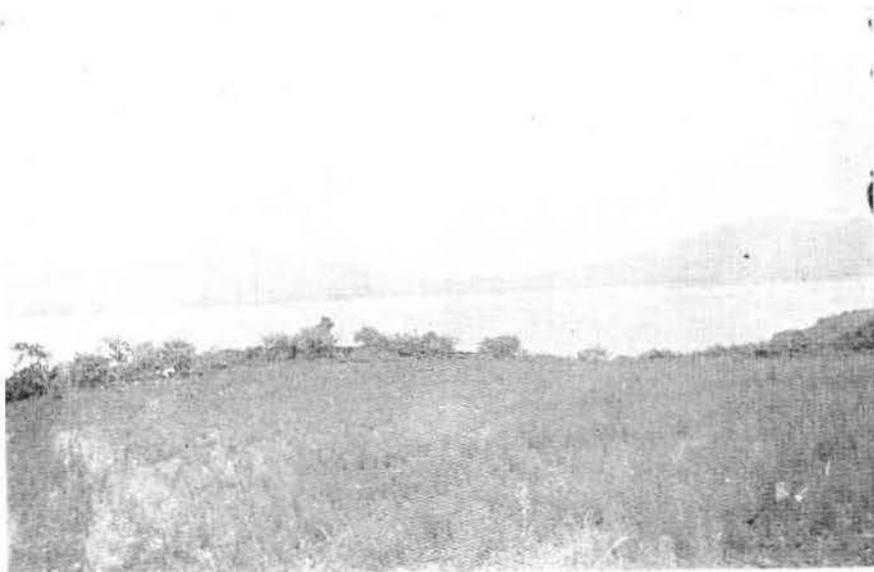


Isla de Xarácuaru.

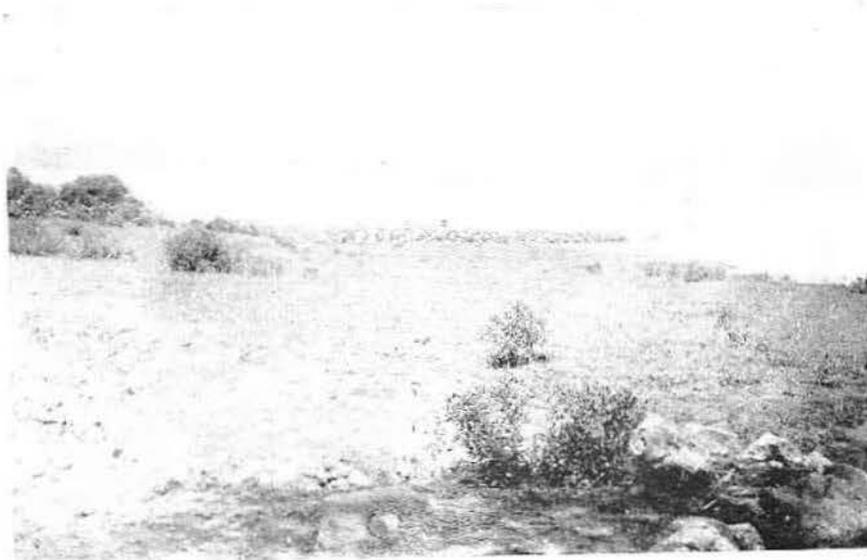
BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Familia de pescadores tarascos.



El lago de Patzcuaro.

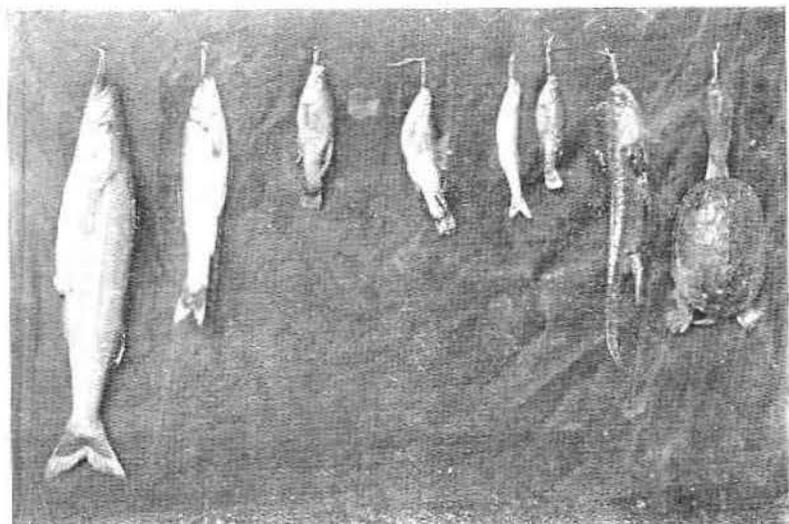


Un embarcadero del lago de Patzcuaro.

**BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA**

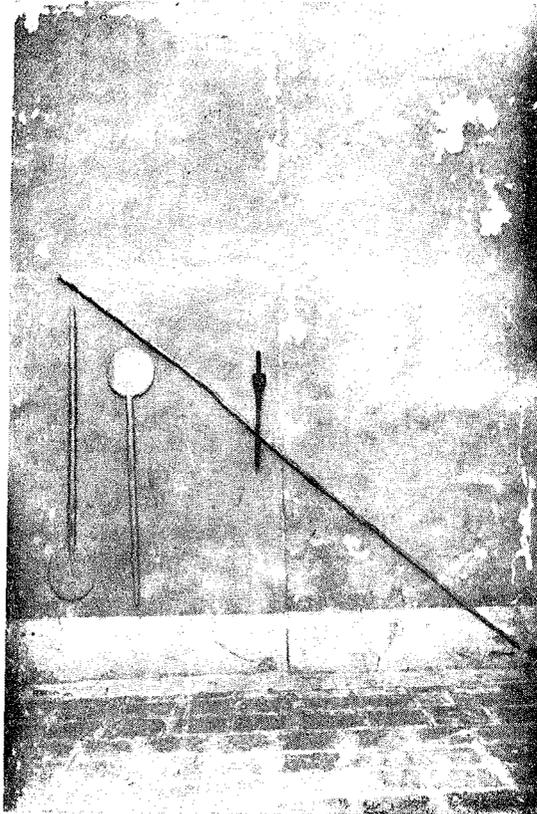


Iglesia de Santa Fe de la Laguna.



La fauna del lago.

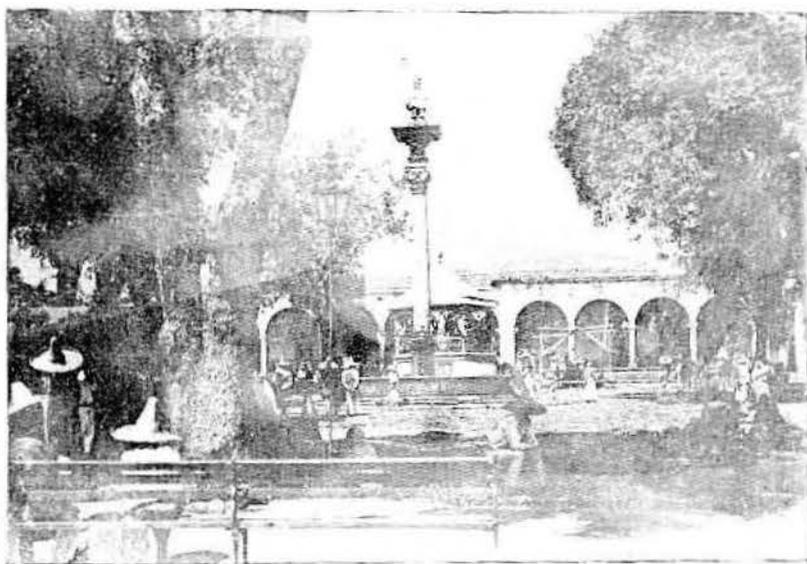
BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Instrumentos para la pesca.



Panorama de Quiroga (Cucupao).



Plaza de Quiroga.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



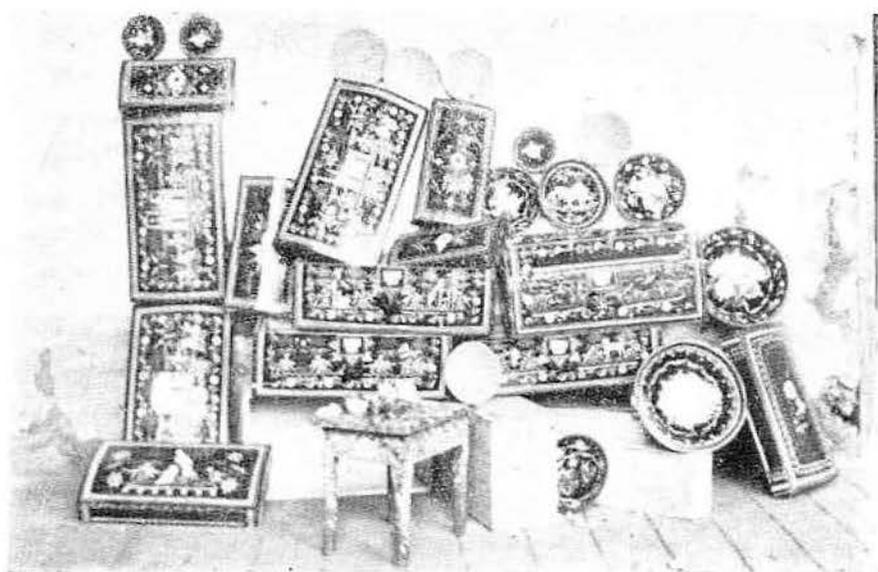
Calle principal de Quiroga.



Una calle de Quiroga (Cucupao).



Quiroga.—Indigenas pintando baúles.



Productos artísticos de Quiroga (Cucupao).

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Una casa del pueblo de Quiroga, antiguamente Cucupao.



Iglesia de un barrio de Tzintzuntzan



Una calle de Tzintzuntzan. Entrada al atrio.



Alfareros de Tzintzuntzan.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA

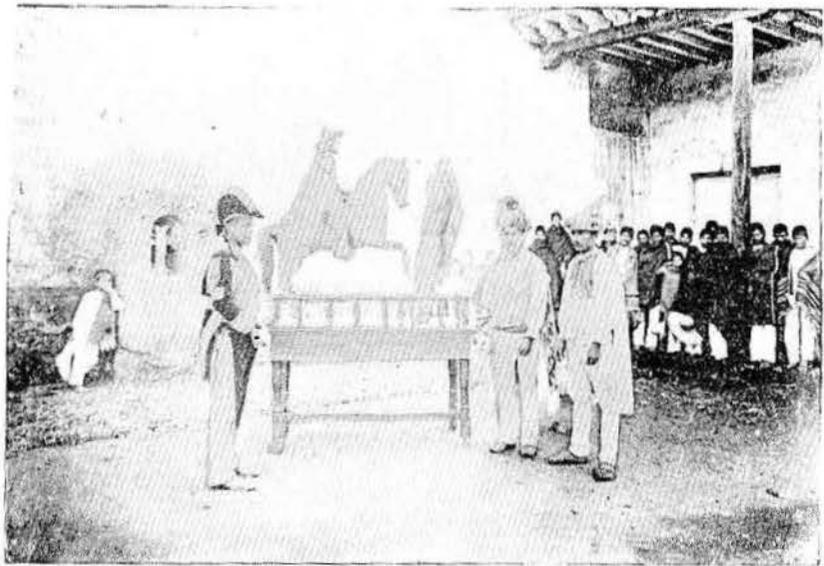


Alfareros de Tzintzuntzan.



Un solar cercado con piedras tomadas de las yácatas.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Danza de "Moros y Cristianos" frente a la imagen de Santiago.



Cristo venerado en Tzintzuntzan.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA
E HISTORIA



Indios ataviados para danzar.



Los danzantes con máscaras.



Indígena tarasca haciendo tortillas.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Indígena tarasca.

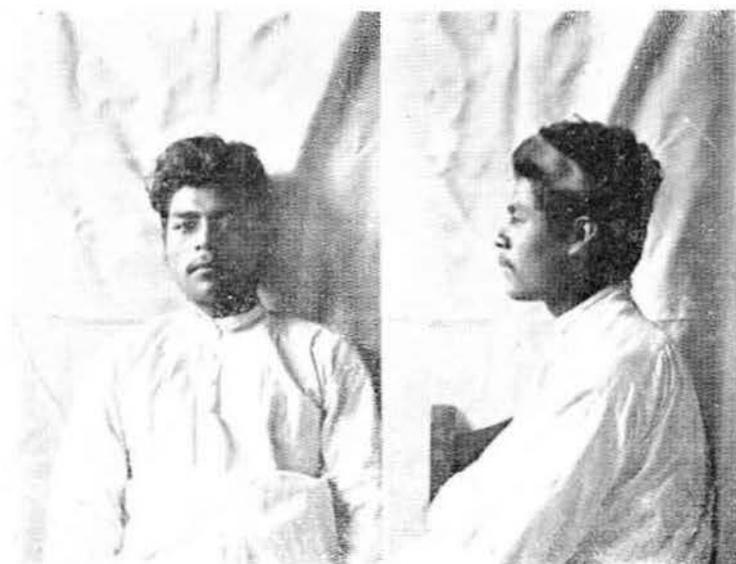


Tipo de indígena tarasca.

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Tipo de indígena tarasca.



Tipo tarasco (de frente y de perfil).

BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.
E HISTORIA



Tipo tarasco.